



Juan Francisco Romero Martínez

# El Norte

---

Dice mi madre que los cucuruchos “somos una raza rara” y que aunque convivió con 3 generaciones distintas, no alcanza a entendernos. Hay muchas cosas que parecen incongruentes o que no parecen lógicas en nuestro actuar. Y talvez, cuando alguien que no comparte nuestras creencias, observa y comenta nuestro actuar no deja de molestarnos, pues nosotros no podemos transmitir con las palabras correctas, el sentimiento y motivación de nuestro ser.

Espero no molestar ni ofender a nadie con mis comentarios, pues nada más alejado de lo que pretendo con estas líneas. Estamos a horas de que se levanten las andas de Jesús de San Bartolo, una procesión que marca perfectamente, al menos a mi generación, como la religiosidad popular y nuestras procesiones trascienden aspectos religiosos y tienen vertientes sociales más que interesantes.

Por ello, como muchos de mis hermanos cucuruchos, en algún momento surgió el gusanito de llevar en hombros a Jesús de la Caída. Cuando pedí la autorización propia de casa, mi papá me dijo: “esta bien, inscribíte y sólo contestáme ¿Cuántas veces has ido o vas a ir durante el año a la Iglesia a verlo o estar en una misa con él?” Extrañado le pregunté que tenía que ver eso, y la sabia respuesta fue: “Es que eso te puede dar la referencia si vas por devoción o por emoción”.

Como muchas veces ocurre, ante un sabio consejo prosigue un silencio que guarda el temor de pedir una explicación más clara. Mi padre comprendió mi actitud y sólo me dijo “Recordá que la tradición es importante, pero la emoción de cargar debe venir acompañada de la convicción de que una procesión es un momento, pero la devoción a una imagen es todo el año”.

Insisto no quiere molestar ni ofender a ninguna persona, cofradía, asociación o hermandad con estas ideas. Pero en realidad me alegra ver el desborde que alrededor de la procesión de San Bartolomé Becerra encierra el quinto fin de semana en Antigua Guatemala. Pero no se cuantos de los que llegamos a esa o a otras procesiones nos quedamos en el momento, en el turno, la marcha, la fotografía, mi tradición, el ver a Jesús a mi modo, donde yo quiero. El llevar el ayuno como yo quiero, cuando yo quiero, el hacer los sacrificios que yo creo que son suficientes.

Estas hermosas tradiciones deben complementarse con nuestro actuar durante el resto del año. Sin duda ésta época es tan anhelada por todos nosotros en función que lo que vivimos es tan especial e indescriptible, que sólo cada uno de nosotros lo entiende y comparte un poco con los demás.

Pero como sabiamente diría Juan Pablo II, no podemos separar fe ni vida. Reconozco que existen imágenes a quienes escasamente veo cuando cargo, parroquias que sólo visito en la entrada o salida de una procesión. Incluso imágenes con quienes difícilmente puedo hablar durante el turno pues me distraigo o entretengo con la marcha, el lugar donde cargo o las personas que me llegan a ver a mí, y no a la imagen.

Los tan anhelados días de la Semana Mayor ya están próximos, finalmente llegó la época que hemos anhelado. Ahora sí orgullosos saquemos nuestras túnicas, capirotos, paletinas. Lustremos nuestros zapatos.

Pero sobre todo no olvidemos el sentido de todas estas demostraciones externas de fe. No perdamos el norte.